

recias. Siguen senderos pedregosos. Por la falda del castillo se arrastran como culebras. De pronto, antes la Puerta llamada de la Traición, se aparecen a los moros que allí montaban la guardia, aullando como fieras hambrientas. Los serracenos por el gran terror que toman, no se aperciben del ardiz y huyen rápidamente de la puerta. Todos los bejaranos quieren entrar presto. Algunos han resbalado y caído sobre los duros peñascos, desprendiéndose de sus cuerpos el musgo que les disfrazaba. Cuando esto ven algunos moros, desde las almenas cercanas, se percatan de la engañiza y se aprestan a rechazar el asalto. La lucha se generaliza y se cruzan las espadas. Hay mucha sangre y mucho lamento.

Don Alvar y sus guerreros ya tienen ante sí gran campo para pelear y morir como cristianos esforzados. Por la dura pendiente suben hasta la Plaza, llena de agarena grey, usando espada y corazón. Quedan atrás muchos heridos, pero consiguen entrar en la alcazaba.

Por la parte del torreón llamado de Las Cadenas, penetra Don Rodrigo. Su elevada estatura es buen blanco para los moros, pero ya derribó a cinco cual el Buen Cid Ruy Díaz. Por la Calle de Santa María, avanza a punta de lanza, el gigante bejarano, buen caballero en buen caballo.

Don Domingo llegó al Regajo. Desde la altura distingue las antorchas encendidas que, a las puertas de las murallas, han arrojado a tiempo los peones de Don Pelayo y parte raudo, con sus caballeros, cuesta abajo, para deshacer un grupo de mahometanos que, huidos de la ciudad, por allí se habían concentrado. Hace muchos prisioneros, los deja a buen recaudo y, a todo galope, entra en la ciudad, ayudando grandemente al bando cristiano.

Don Pelayo entra en el mismo castillo. El señorial patio de armas está lleno de moros. Se bate cual un arcángel, pero es alcanzado por un venablo enemigo. No cede el bravo caballero. Anima a sus hombres, da ejemplos de valiente y limpia el patio de enemigos, que se retiran hacia la fachada que mira al mediodía. Sube las escaleras y lucha en la galería principal. El se mantiene derecho aunque pierde mucha sangre por la herida que le han inferido. Ya le falta poco para llegar a la habitación donde está cautiva Inés María. A empellones abre una puerta. Alguien por la espalda le ataca, pero con un solo brazo le hace saltar sobre su cabeza y entrega preso a sus seguidores. Cruza el umbral y se encuentra frente a su amada, enormemente pálida, que exclama:

—Dios mío, qué valor. Bien me has probado ahora tu cariño. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Don Pelayo se arrodilla a sus pies y le besa las manos, mientras declara:

—Temía tu negativa y te veía tan alto...

—Te quise con callado amor amargo. Te quiero en dulce amor correspondido. Te querré en eterno amor santificado.

Inés María responde:

—Bien adiviné tu amor, pero no podía dar el primer paso... Hoy todas las dudas se han desvanecido, porque tus hechos han hablado

mejor que todas las palabras que en tu vida hubieras podido pronunciar.

Don Pelayo asiente:

—Así Dios lo ha querido. Por El estábamos predestinados. Tenemos concentrado amor y silencio que se desbordarán altos, por un cráter ardoroso que derretirá nuestras vidas en milagros...

No pudo decir más Don Pelayo. La herida recibida y las emociones pasadas habían agotado sus poderosas energías. Se le vió palidecer y junto a Inés María cayó desvanecido.

Alvar y Don Rodrigo que se aperciben, corren a socorrerle. En su derredor se agrupan muchos bejaranos y alzan a Don Pelayo sobre su propio escudo y transportan por las calles hasta su morada, mientras por todas las gentes es aclamado como caudillo triunfador.

Cuando los rayos del sol ponían su brillante nimbo a la serranía, Don Pelayo entraba en su casa, con Inés María al lado.

Amanecía el día de Santa Marina. Reinaba en León y Castilla Don Alfonso VII el Emperador.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA

Badajoz.

El fin de la representación teatral, ha sido desde su mismo origen, corregir y enseñar. Los vicios del pueblo se corrigen haciéndolos ridículos; los de las personas altas con la atrocidad de los escarmientos o con la fatuidad importante de esto que se llama fortuna, siendo el principal objeto de este arte presentar ejemplos que obliguen a huir, el vicio o a fiarse poco de las grandezas. Si estos ejemplos no son pinturas o retratos fieles de la vida, serán inútiles, vanos o viciosos; porque lo imposible y lo raro no es aplicable a lo posible y común

IDEARIO
EXTREMEÑO

JUAN PABLO FORNER